

1

Reclutas novatos

Dusko y Johnny eran amigos. Su amistad estaba basada en un aprecio compartido por el dinero, los coches, las fiestas y las mujeres, sin un orden especial y preferiblemente todos al mismo tiempo. Su relación, fundada casi por completo en la frivolidad, tendría un profundo impacto en la historia del mundo.

Dusan «Dusko» Popov y Johann «Johnny» Jebesen se conocieron en 1936 en la Universidad de Friburgo, al sur de Alemania. Popov, hijo de un rico industrial de Dubrovnik, tenía veinticinco años. Jebesen, heredero de una gran compañía naviera, tenía dos años más. Ambos estaban mimados, eran encantadores e irresponsables. Popov conducía un BMW; Jebesen un Mercedes 540K descapotable y sobrealimentado. Esta inseparable pareja de *playboys* internacionales estaban de jarana por Friburgo, y se portaban mal. Popov era estudiante de derecho, mientras que Jebesen se estaba sacando un título de económicas, lo mejor para dirigir la empresa familiar. Ninguno de los dos estudiaba nada. «Ambos teníamos ciertas pretensiones intelectuales», escribió Popov, pero éramos «adictos a los coches deportivos y a las chicas atléticas y teníamos suficiente dinero para mantener a unos y a otras funcionando».¹

Popov tenía una cara redonda y despejada, con el pelo peinado hacia atrás y con una frente amplia. Había división de opiniones sobre su aspecto: «Sonríe ampliamente mostrando todos los dientes y en reposo su cara no es desagradable, aunque desde luego no es guapo»,² escribió un contemporáneo suyo. «Una nariz típicamente eslava, bien aplastada, de tez cetrina, hombros anchos, porte atlético,



Dusko Popov

pero más bien regordete, con manos blancas y bien cuidadas»,³ que movía con gesticulaciones desenfrenadas. Las mujeres solían encontrarle irresistible, con sus buenos modales, su «boca grande y sensual»⁴ y sus ojos verdes detrás de unos párpados caídos. Tenía lo que se conocía por entonces como «ojos de dormitorio»; en efecto, el dormitorio era su principal foco de interés. Popov era un mujeriego irrefrenable. Jebesen tenía un aspecto muy diferente. Era menudo y delgado, con el pelo rubio oscuro, los pómulos altos

y la nariz respingona. Donde Popov era ruidosamente gregario, Jebesen era vigilante. «Su frialdad y actitud distante podían ser intimidatorias, y sin embargo todo el mundo caía bajo su encanto»,⁵ escribió Popov. «También era muy cordial, y su inteligencia se reflejaba en su cara, en el estado de alerta de sus ojos azul acerado. Hablaba de manera abrupta, con frases cortas, casi nunca utilizaba adjetivos y era, por encima de todo, irónico.»⁶ Jebesen mostraba una cojera al caminar, e insinuaba que era resultado de una herida recibida en alguna correría salvaje: en realidad estaba provocada por el dolor de las venas varicosas que tenía, que le martirizaban en secreto. Le encantaba inventar historias, «provocar deliberadamente situaciones para ver qué pasaba».⁷ Pero también le gustaba llegar a acuerdos. Cuando a Popov le retaron a un duelo a espada por causa de una chica, fue Jebesen, en tanto que su segundo, el que llegó a una solución pacífica de forma discreta, para alivio de Popov, que «no pensaba que mi aspecto mejorara gracias a una cicatriz roja brillante».⁸

Los padres de Jebesen —ambos habían muerto para cuando llegó a Friburgo— habían nacido en Dinamarca, pero se nacionalizaron alemanes cuando la naviera Jebesen & Jebesen se trasladó a Hamburgo. Jebesen nació en esa ciudad en 1917, pero le gustaba bromear di-

ciendo que realmente era danés, y que su ciudadanía alemana era una «bandera de conveniencia» por cuestiones de negocios: «Parte de mi amor por mi país tiene que ver con que gran parte de él en realidad me pertenece». ⁹ Huérfano rico y sin raíces, Jebson había visitado Gran Bretaña cuando era adolescente, y regresó siendo un anglófilo comprometido: adoptaba las costumbres inglesas, hablaba inglés antes que alemán y pensaba que vestía «como un joven Anthony Eden, un conservador elegante». ¹⁰ Popov señaló: «No dejaría de llevar un paraguas menos que sus pantalones».



COLECCIÓN PRIVADA

Johnny Jebson

Preocupados como estaban con divertirse, los dos amigos estudiantes no podían ignorar completamente los amenazantes cambios políticos que estaban teniendo lugar a su alrededor en la Alemania de los años treinta. Se esforzaban en tomar el pelo a «la *intelligentsia* estudiantil pro nazi». ¹¹ Sin embargo las burlas tenían una parte cortante. «Bajo esa máscara de esnob y cínico, y bajo sus modales de *playboy*», ¹² Jebson estaba desarrollando un profundo desagrado hacia el nazismo. Popov consideraba las poses de los camisas pardas nazis ridículas y repulsivas.

Después de licenciarse Popov regresó a Yugoslavia y se estableció en el negocio de las importaciones y exportaciones, viajando mucho. Jebson se marchó a Inglaterra y anunció que pretendía estudiar en Oxford y escribir libros de filosofía. No hizo ninguna de las dos cosas (aunque posteriormente afirmó que había hecho ambas). No volvieron a coincidir hasta tres años más tarde, momento en el que el mundo estaba en guerra.

A principios de 1940, Popov estaba viviendo en Dubrovnik, donde había abierto su propio bufete de abogados y tenía relaciones con al menos cuatro mujeres, cuando recibió un telegrama de su vie-

jo amigo, citándole en Belgrado: «Necesito verte urgentemente».¹³ Su encuentro fue alegre y espectacularmente regado en alcohol. Sallieron de juerga por los garitos nocturnos de Belgrado, habiendo reclutado «dos chicas del coro de unos de los clubes».¹⁴ Al amanecer, los cuatro desayunaron un filete y champán. Jebsen le dijo a Popov que en los años en que no se habían visto había conocido al gran escritor inglés P. G. Wodehouse. Con su monóculo y su pañuelo de seda al cuello, Jebsen parecía ahora una extraña versión germánica de Bertie Wooster.* Popov estudió a su viejo amigo. Jebsen tenía la misma expresión de «inteligencia afilada, cinismo y humor negro»,¹⁵ pero también parecía tenso, como si hubiera algo que le atormentara. Fumaba un cigarrillo tras otro y «pedía los *whiskies* dobles, sin añadidos y con frecuencia. Con estilo, su ropa seguía rivalizando con la de Eden, pero su pelo rubio ya no estaba tan bien cortado y había abandonado su bigote, teñido de rojo por el tabaco».¹⁶

Unos días después los amigos estaban solos, en el bar de un hotel de Belgrado, cuando Jebsen bajó la voz, miró a su alrededor de manera ridículamente conspirativa, y le confió que se había unido a la Abwehr, el servicio de inteligencia militar alemán, «porque eso le evitaba alistarse, cosa que le atemorizaba mucho ya que sufría profundamente de las venas varicosas».¹⁷ El captador de Jebsen era un amigo de la familia, el coronel Hans Oster, segundo del almirante Wilhelm Canaris, jefe de la Abwehr. Ahora tenía el cargo formal pero impreciso de *Foscher*, que quiere decir investigador, o cazatalentos, con el rango técnico de soldado, adscrito a un destacamento especial de cuatrocientos hombres del Regimiento Brandeburgo. En realidad esta unidad era «una manera, por parte de Canaris, de agenciarse a una serie de jóvenes librándoles de las garras del servicio militar obligatorio».¹⁸ Jebsen era un espía por libre, de baja permanente en el ejército, y con una promesa personal de Canaris de que nunca llevaría uniforme, nunca realizaría entrenamiento militar y nunca sería enviado a la guerra. Era libre de pasar «su tiempo viajando por Europa para su

* Personaje de ficción de Wodehouse. Destacado representante de los «ricos holgazanes». (*N. del t.*)

negocio privado y sus asuntos financieros, siempre que estuviera disponible para ayudar a la Abwehr cuando le llamaran para hacerlo».¹⁹

«Hitler es el amo indiscutido de Europa», afirmó Jebsen. «En unos cuantos meses probablemente acabe con Inglaterra, y entonces Estados Unidos y Rusia estarán encantados de ponerse de acuerdo con él.»²⁰ Esto era pura propaganda nazi, pero la expresión de Jebsen, como de costumbre, era centelleantemente irónica. «¿Cenarías con un amigo mío», preguntó de pronto Jebsen, «un miembro de la embajada alemana?»²¹ El amigo resultó ser el comandante Müntzinger, un corpulento bávaro y el oficial de mayor rango de la Abwehr en los Balcanes. Cuando estaban con el *brandy* y los puros, Müntzinger le lanzó la pelota a Popov, tan sutil como un mazo. «Ningún país puede resistirse al ejército alemán. En un par de meses Inglaterra será invadida. Para facilitar la tarea alemana y hacer que la consiguiente invasión sea menos sangrienta, podrías ayudar»,²² Müntzinger pasó a la adulación. Popov tenía buenos contactos. Sus negocios eran la tapadera ideal para viajar a Gran Bretaña, donde debe de conocer a gente muy importante e influyente. Porque ¿acaso no conocía al propio duque de Kent? Popov negó con la cabeza. (No reconoció que solo había estado en Gran Bretaña una vez en su vida, y que había estado con el duque durante unos minutos en el Club Náutico Argosy de Dubrovnik.) Müntzinger continuó: «Tenemos muchos agentes en Inglaterra, bastantes de ellos excelentes. Pero tus conexiones abrirían muchas puertas. Nos puedes prestar una gran ayuda. Y nosotros también a ti. El Reich sabe cómo mostrar su agradecimiento».²³ Jebsen se bebió su *whisky* y no dijo nada. Müntzinger era algo impreciso sobre el tipo de información que Popov debía reunir: «General. Política».²⁴ Y entonces, después de una pausa: «Militar. Johnny te presentará a la gente adecuada cuando y si aceptas». Popov pidió tiempo para pensarse la oferta y a la mañana siguiente aceptó. Jebsen había captado a su primer espía para la inteligencia alemana. Nunca más reclutaría a otro.

Mientras tanto Popov había comenzado a desarrollar lo que llamaba «una pequeña idea de mí mismo».²⁵

En 1941, la Interallié era la red de espías más importante en la Francia ocupada por los nazis. En efecto, como señaló un oficial de inteligencia británico, virtualmente era la única, «nuestra sola fuente de información procedente de Francia»²⁶ durante la primera parte de la guerra. La red consistía en decenas de informantes, agentes y subagentes, pero en última instancia la Interallié era la creación de un espía, un hombre para el que la conspiración y los subterfugios eran su segunda naturaleza, que veía el espionaje como una vocación. Sus colaboradores franceses le conocían como Armand Borni; también utilizaba el nombre en clave «Walenty» o «Valentine». Su nombre real era Roman Czerniawski, y en muy poco tiempo, mediante una vitalidad absoluta, gran convicción y un sentido desorbitado de su propia valía se había convertido en el más eficaz espía británico en Francia.

Czerniawski era un patriota polaco, pero esa expresión no hace justicia a su «polaquismo» esencial, y a las honduras de su amor por su tierra natal. Vivía por Polonia y estaba perfectamente preparado (a veces casi ansioso) para morir por ella. «Su lealtad era total hacia su propio país, y todos los problemas que veía estaban unidos con el destino de los polacos»,²⁷ escribió uno de sus compañeros de espionaje. Odiaba a alemanes y rusos con igual intensidad por repartirse su país, y solo soñaba con restablecer la nación polaca. Cualquier otra lealtad, cualquier otra consideración, eran secundarias. Solo medía 1,67 metros, tenía una cara delgada e intensa y los ojos juntos. Sonreía de buena gana y hablaba a la velocidad de una ametralladora.

Hijo de un acomodado financiero de Varsovia, Czerniawski se había entrenado como piloto de combate antes de la guerra, pero un grave accidente le había hecho perder visión y le había convertido en sedentario. La invasión alemana de Polonia en septiembre de 1939 pilló al capitán Czerniawski en el cuartel general de la fuerza aérea de Varsovia, como especialista en inteligencia militar y autor de un tratado de contrainteligencia que había sido bien recibido. Czerniawski era un profesional, «un hombre que vive y piensa espionando»,²⁸ como expresó un colega. Consideraba el negocio del espionaje

como una vocación honorable «basada en los más altos ideales del empeño humano».²⁹ Mientras el ejército polaco se desmoronaba ante el ataque alemán, Czerniawski huyó a Rumanía y desde allí, utilizando documentos falsos, consiguió llegar a Francia, donde las fuerzas polacas se estaban reagrupando. Cuando cayó Francia en 1940 su división fue licenciada, pero en lugar de unirse a sus compatriotas en Gran Bretaña para continuar la lucha desde allí, Czerniawski pasó a la clandestinidad. Convenció a una joven viuda francesa, Renée Borni, de que le cediera la identidad de su difunto marido. Cuando comenzó la ocupación alemana, un campesino cuya documentación le identificaba como Armand Borni se bamboleaba a su lado con una bicicleta prestada, tomando notas mentalmente y felicitándose a sí mismo. «Cada indicador, cada letrero en un camión, cada marca distintiva de cualquier tipo, significaba para mí mucho más que para cualquier otra persona».³⁰ Aquí estaban las semillas de lo que él mismo llamaba de manera presuntuosa su «visión».³¹ Mientras el gobierno polaco en el exilio, en Londres, combatía un tipo de guerra, él montaría otra. Imaginaba «pequeñas células de resistencia, multiplicándose a gran velocidad, juntándose y formando una pantalla de ojos».³²

Czerniawski logró llegar a la parte no ocupada del sur de Francia, donde entró en contacto con el servicio secreto polaco y consiguió la aprobación formal para su plan de establecer una red en la zona ocupada. Unas cuantas noches después estaba cenando solo en La Frégate, un restaurante de Toulouse, cuando una joven le preguntó si podía sentarse en la silla libre de su mesa. «Era menuda, de treinta y tantos años. Su cara pálida y delgada, con labios finos, estaba animada por unos ojos muy vivos.»³³ De manera simultánea Mathilde Carré se formó una opinión de su diminuto y accidental compañero de



COLECCIÓN PRIVADA

Roman Czerniawski

cena: «Delgado y musculoso, con una cara afilada y estrecha, una nariz más bien larga y ojos verdes que originalmente habían sido claros y atractivos pero que ahora estaban salpicados de contusiones como consecuencia de un accidente de aviación». ³⁴ Czerniawski se presentó «con un acento francés atroz». ³⁵ Comenzaron a conversar. Después de cenar él se marchó a casa de ella.

Mathilde Carré era muy inteligente, estaba ansiosa y, en el momento de conocer a Czerniawski, al borde de un ataque de nervios. Hija de padres burgueses de París, había estudiado en la Sorbona, trabajó brevemente en una aseguradora, se formó como profesora y después se casó con un amigo de la infancia, antes de descubrir, rápidamente, que no podía soportarle. La guerra era la excusa que necesitaba para abandonarle. Con el ejército francés en retirada, encontró trabajo en un centro sanitario de campaña, donde se ocupaba de los heridos. Allí conoció a un teniente de la Legión Extranjera francesa e hizo el amor con él «bajo los ojos de un enorme crucifijo» ³⁶ en la celda de un obispo en un seminario de Cazères sur Garonne. Él se marchó por la mañana y ella se quedó embarazada. Decidió tener al niño, y después lo perdió. Una noche estaba en la parte alta de un puente, a punto de suicidarse, pero cambió de opinión: «En lugar de arrojarme al Garona me echaré a la guerra. Si realmente pretendía suicidarme sería más inteligente cometer un suicidio útil». ³⁷ Para celebrar su decisión salió a cenar sola a La Frégate.

La patente seguridad en sí mismo de Czerniawski hizo que Mathilde se sintiera segura de inmediato. «Cada vez que hablaba de la guerra sus ojos brillaban. No aceptaba que Polonia hubiese sido derrotada. Irradiaba una especie de confianza y de entusiasmo propios de la juventud, una inteligencia y una fuerza de voluntad que alternativamente daba lugar a los aires de un niño malcriado y cariñoso.» ³⁸ Se volvieron a encontrar la noche siguiente, y la siguiente. «Rápidamente se creó un gran vínculo de amistad.» ³⁹ Con posterioridad ambos negarían con tal vehemencia que habían sido amantes que los desmentidos eran, por supuesto, falsos.

Tres semanas después de su primer encuentro, Czerniawski confesó que era un espía y pidió a Mathilde que le ayudara a llevar a cabo

su «visión» de una red de inteligencia con múltiples células. Mathilde le dijo que podía «contar con ella»;⁴⁰ juntos harían «grandes cosas». La teatralidad del momento se completó con el anuncio de Czerniawski de que ya había elegido un nombre en clave para su nueva cómplice: sería «La Chatte», la gata, «porque caminas tan silenciosamente, con tus zapatos blandos, como una gata».⁴¹ Ella levantó los delgados dedos de una mano como si fueran una garra: «Y también puedo arañar si quiero».⁴² Quizá era una advertencia.

Roman Czerniawski y Mathilde Carré formaron una asociación de espionaje altamente efectiva. En París, alquilaron una habitación en Montmartre y se pusieron a crear toda una red de espionaje. «Será interaliada»,⁴³ anunció Czerniawski. «El jefe será un polaco, los agentes fundamentalmente franceses y todos ellos trabajarán para los Aliados.» La red Interallié había nacido.

Mathilde actuaba como reclutadora en jefe (ya que algunos franceses rechazaban trabajar para un polaco), mientras que Roman reunía, ordenaba, redactaba y enviaba material de inteligencia a Londres. Los primeros reclutas fueron Monique Deschamps, con el nombre en clave de «Moustique» (Mosquito), una mujer menuda, fumadora empedernida y agitadora, y René Aubertin, un antiguo comandante de tanques del ejército francés. Gradualmente la red se expandió hasta incluir trabajadores del ferrocarril, policías, pescadores, criminales y amas de casa. Mandaban cualquier información que consiguieran a alguno de los numerosos «buzones» a lo largo y ancho de París: la encargada de los baños en La Palette, la escuela de idiomas Berlitz de Opéra, y un conserje en la calle Lamarck «que había recibido un golpe de bayoneta en el culo cuando los alemanes entraron en París, por lo que era natural que les odiase».⁴⁴ Mathilde reunía la información. «Con su abrigo de piel negra, sombrero y zapatos rojos, pequeños y sin tacón, se movía rápidamente de una cita a otra»,⁴⁵ escribió Czerniawski, «trayendo nuevos contactos, nuevas posibilidades, liberándome para que me concentrara en estudiar las noticias de nuestros agentes y condensándolo en nuestros informes.»

El objetivo de Czerniawski era establecer un panorama completo de las fuerzas alemanas en la Francia ocupada, el orden de batalla:

posiciones de las tropas y movimientos, depósitos de armas, aeródromos, instalaciones navales y de radar. «Para derrotar al enemigo tienes que saber dónde está; cuanto más exactamente sepas dónde está, más fácil puede ser»,⁴⁶ escribió. Mecanografiaba los informes resumidos en papel de seda. Cada cuatro semanas, un correo con el nombre de «Rápido», «un polaco alto y delgado de edad indeterminada, de tez oscura y un pequeño bigote negro»,⁴⁷ cogía el tren de Marsella de las 11 de la mañana para Burdeos en la estación de Lyon. Diez minutos antes de la partida se encerraba en el baño de primera. Encima del lavabo había un cartel metálico que decía: «Remplacez le couvercle après l'usage».^{*48} Introduciendo un pañuelo entre el destornillador y el tornillo para evitar el delatador ruido chirriante, Rapide aflojaba cuidadosamente la placa con el texto, metía el informe en papel de seda y lo volvía a atornillar. Después de que el tren cruzase la frontera de la Francia no ocupada, un agente de la inteligencia polaca repetiría el proceso a la inversa, recogiendo el informe e insertando una respuesta para ser recogida cuando el tren llegara de vuelta a París. Desde la Francia no ocupada, la inteligencia polaca transmitía el comunicado con un mensajero a través de la península Ibérica neutral hasta el gobierno polaco en el exilio en Londres, que se lo pasaba a los servicios secretos británicos. Todos los informes de Czerniawski terminaban en manos del MI6, la organización de inteligencia exterior británica, conocida de manera más formal como el Servicio de Inteligencia Secreto, o SIS.

La red, o La Famille, como la llamaban, se expandió rápidamente. Una radio del tamaño de una máquina de escribir portátil se pasó de contrabando a través de la frontera de la Francia de Vichy, se instaló en un apartamento de un piso alto cerca del Trocadero y se utilizó para enviar información codificada. Renée Borni, la viuda que había proporcionado a Czerniawski su falsa identidad, se mudó a París para trabajar en la codificación y decodificación de los mensajes inalámbricos. Czerniawski le puso su nombre en clave: «Violette». Se convirtió en su amante. A mediados de 1941, Czerniawski podía presu-

* Sostituire la tapadera después de usarlo. (*N. del t.*)

mir de que su «Gran Red compuesta por patriotas franceses, dirigida por un polaco y que trabajaba para Inglaterra, era ahora el último bastión de la resistencia aliada contra Alemania». ⁴⁹ Se establecieron otras tres estaciones inalámbricas clandestinas. Algunos informes tenían cuatrocientas páginas, incluyendo mapas y diagramas. Era imposible enviarlos por radio, por lo que se fotografiaban y la película sin revelar se pasaba clandestinamente a través de la frontera española, «empaquetada de tal forma que, si era abierta por alguien no autorizado, se vería expuesta a la luz y por tanto sería inútil». ⁵⁰

La información de Interallié llegaba a Londres en un torrente creciente, cada vez más detallada y precisa, y a veces tan rápido que sus receptores no podían mantener el ritmo. Cuando un espía descubría la ruta prevista del tren personal de Hermann Goering, jefe de la Luftwaffe, Czerniawski transmitía inmediatamente la información por radio a Londres, y se quedaba consternado cuando el tren no era atacado. Al día siguiente llegó un mensaje: «RE: SENTIMOS TREN GOERING NOS LLEGÓ LA INFORMACIÓN DEMASIADO TARDE PARA USARLA POR LA RAF STOP». ⁵¹

Inevitablemente había tensiones dentro del grupo. Mathilde odiaba a Renée, considerándola «la típica mujer de provincias, mal vestida». ⁵² Czerniawski insistía en que «no se trataba de celos», ⁵³ pero reflejaba que Mathilde era «una mujer extraña, idealista pero implacable, ambiciosa, muy nerviosa y tensa». ⁵⁴

En otoño de 1941 a Czerniawski le dijeron que acudiera a un aeródromo cerca de Compiègne, donde un avión le recogería para llevarle a Londres para una sesión informativa. El 1 de octubre, un Lysander de la RAF planeó por el cielo, pilotado por un hombre con bigote, el jefe de escuadrón J. «Whippy» Nesbitt-Dufort, que solo sabía en francés, a modo de recibimiento, «C'est la vie». ⁵⁵ A su llegada a Inglaterra, Czerniawski fue recibido por el coronel Stanislaw Gano, el jefe de la inteligencia polaca. «Nos has tenido muy ocupados aquí», ⁵⁶ dijo Gano, que parecía, según pensaba Czerniawski, «el jefe de alguna empresa privada». ⁵⁷ Durante veinticuatro horas fue interrogado sobre todos los aspectos de su red. Gano parecía estar especialmente interesado en Mathilde Carré. «Somos compañeros

perfectos»,⁵⁸ le aseguró Czerniawski. Finalmente, para su sorpresa, fue llevado hasta la presencia del general Wladislaw Sikorski, el primer ministro polaco. Sikorski declaró con solemnidad que habían concedido a Czerniawski la *Virtuti Militari*, la mayor condecoración militar polaca. «Estaba petrificado por lo imprevisto, lo inesperado y la solemnidad del momento»,⁵⁹ escribiría más tarde. Pronto sería lanzado en paracaídas de regreso a Francia para continuar con su trabajo. El pequeño espía polaco estaba orgulloso, pero con la gratificación llegó también la duda exasperante, una pequeña y premonitória punzada de ansiedad: «Inconscientemente sentía un inquietante desasosiego». ⁶⁰

Elvira de la Fuente Chaudoir pasaba noche tras noche en las mesas de juego del Club Hamilton o el Casino de Crockford en Mayfair, y aunque a veces ganaba, siempre acababa perdiendo. Era de lo más frustrante. Pero cuando Elvira no estaba jugando, se aburría a morir; razón por la cual había aceptado comer con un hombre que, según le habían dicho, le podía ofrecer un trabajo de lo más interesante y bien pagado.

El aburrimiento acechaba a Elvira Chaudoir como una maldición. Su padre, un diplomático peruano, había hecho una fortuna con el guano, el excremento de las aves marinas, los murciélagos y las focas, recogido a poca distancia de las costas de Perú y exportado como fertilizante. Elvira se había criado en París, donde había recibido una educación sin reparar en gastos, y tremendamente malcriada. En 1934, a la edad de veintitrés años, para huir del tedio, se echó en brazos de Jean Chaudoir, un belga, representante de bolsa de una empresa minera de oro. Resultó que Jean era un aburrido redomado, y la vida en Bruselas era «extremadamente tediosa». ⁶¹ Después de cuatro años de matrimonio, y una serie de aventuras amorosas insatisfactorias, tanto con hombres como con mujeres, llegó a la conclusión de que «no tenía nada en común con su marido»⁶² y se marchó a Cannes con su mejor amiga, Romy Gilbey, que estaba casada con el vástago de la dinastía de la ginebra Gilbey, y era muy rico. Elvira y la

Sra. Gilbey perdían alegremente dinero procedente de la ginebra en un casino de Cannes cuando los alemanes invadieron Francia; huyeron en un Renault descapotable a St. Malo, antes de embarcarse para Inglaterra.

En Londres, Elvira se mudó a un apartamento en Sloane Street, pero el tedio de la vida le volvió a invadir rápidamente una vez más. Pasaba las noches

yendo del bar del Ritz a las mesas de *bridge*, perdiendo un dinero que no tenía. Podía habérselo pedido a sus padres, pero estaban atrapados en Francia. Trató de unirse a las fuerzas de la Francia Libre reuniéndose con el exiliado Charles de Gaulle, pero le dijeron que no era adecuada. Hizo algunas traducciones para la BBC, pero le resultó monótono. Se quejaba, a cualquiera que la escuchara, de que no podía conseguir un trabajo interesante porque era peruana. Uno de los que resultó que escuchaban, una noche en el Hamilton, era un oficial de la RAF que se lo dijo a un amigo de la inteligencia militar, que le pasó su nombre a alguien del MI6. Y así fue cómo Elvira Chaudoir se encontró a sí misma, a la edad de veintinueve años, en el asador del hotel Connaught, sentada frente a un hombre de mediana edad con un traje arrugado, un bigote blanco erizado y los ojos de un hurón hiperactivo. Se había presentado a sí mismo como el «Sr. Masfield». Su nombre real era teniente coronel Claude Edward Marjoribanks Dansey, también conocido como «Haywood», «Tío Claude» y «Coronel Z». Era el director adjunto del MI6.

Claude Dansey era ingenioso, rencoroso y caía muy antipático a sus compañeros de espionaje. Hugh Trevor-Roper, el sardónico historiador que trabajó en inteligencia durante la guerra, le consideraba



COLECCIÓN PRIVADA

Elvira de la Fuente Chaudoir

«una mierda total, corrupto, incompetente, pero con una cierta astucia rastrera».⁶³ Dansey era un hombre muy desagradable, y un espía muy experimentado. Formaban una extraña pareja: Elvira, alta y vestida con demasiada elegancia, de rostro dulce y muy inocente, su pelo castaño rojizo peinado en forma de signo de interrogación sobre su frente; Dansey, pequeño, calvo, con gafas e intenso. A Elvira más bien le gustaba este hombre pequeño y chispeante, y conforme se desarrolló la conversación quedó claro que sabía mucho de ella. Estaba al tanto de la Sra. Gilbey y las noches infructuosas en las mesas de *bridge*; sabía que a su padre le habían nombrado encargado de negocios con el gobierno colaboracionista de Vichy, en Francia; conocía lo que había, o más bien lo que no había, en su cuenta corriente. «Me di cuenta de que debía haber pinchado mi teléfono. No había otra manera de que supiera tanto sobre mí y mis amigos»,⁶⁴ reflexionaría más adelante.

Dansey le ofreció un trabajo. Le explicó que su pasaporte peruano suponía que podía viajar con relativa facilidad en la Europa ocupada, y que el estatus diplomático de su padre le daría cobertura para una visita prolongada a la Francia de Vichy. Podría informar de asuntos políticos, pero era más importante que consiguiera que los alemanes la reclutaran como agente. Esta es la técnica de los servicios de inteligencia conocida como «comportamiento provocativo», utilizando como cebo a un recluta potencial ante el adversario con la esperanza de que, si era reclutado, pueda empezar a trabajar como agente doble. Le iban a pagar bien por sus esfuerzos. Elvira no lo dudó.

La valoración del MI6 de su nuevo recluta fue tajante: «De aspecto atractivo. Habla con fluidez francés, inglés y español. Es inteligente y rápida de cabeza, pero probablemente sea bastante perezosa para usarla. Miembro del grupo de jugadores inteligentes internacionales, se puede encontrar a sus amigos en cualquiera de los clubes de *bridge* de Londres».⁶⁵ El seguimiento reveló que sus «gustos parecen estar entre los “lugares de alto nivel”».⁶⁶ La policía informó de «fiestas muy divertidas»⁶⁷ en el piso de Sloane Street, con «comportamientos bulliciosos, cantando y gritando hasta tarde, y la llegada de hombres y mujeres borrachos a altas horas de la madrugada».⁶⁸ El subcomisario

Joseph Goulder observó, con desaprobación y algo de sutileza, que la Sra. Chaudoir «busca la compañía de mujeres que pueden no ser cuidadosas con su virginidad». ⁶⁹ Aunque Elvira podía parecer una especie de mujer de mundo casquivana, en realidad era brillante y habilidosa, y tenía una tapadera inmejorable: una chica a la que le gusta pasarlo bien, sin intereses más allá de la siguiente fiesta, el siguiente amante y la siguiente apuesta. También era atractiva para ambos sexos y estaba ávida de dinero, cualidades que podían ser útiles. Como sabía Dansey gracias a una vida de espionaje, hasta la persona más inteligente y discreta tendía a la indiscreción si pensaba que estaba hablando a una mujer estúpida y atractiva sexualmente.

En un piso de Knightsbridge, enseñaron a Elvira a usar tinta secreta con la cabeza de una cerilla impregnada de sustancias químicas. Cuando estuviera en Francia, escribiría «cartas aparentemente inocuas» ⁷⁰ a una dirección encubierta en Lisboa. «Entre las líneas de esas cartas tenía que insertar mis informes de inteligencia escritos con un líquido indetectable que podía ser revelado por los técnicos de Dansey.» ⁷¹ Elvira aprendía rápido. «Es muy inteligente y rápida para captar lo esencial», ⁷² informó su instructor.

Su incipiente carrera de espía estuvo a punto de llegar a un abrupto final cuando un tal subteniente Burnett de la Reserva Voluntaria de la Marina Real, informó de que, una noche en Crockford, había escuchado por casualidad a Elvira Chaudoir presumiendo de que «le estaban enseñando un código del servicio secreto en la zona de St James y que pronto la iban a mandar a Vichy». ⁷³ A Elvira le dieron una severa reprimenda, y le dijeron que «se debería abstener de divulgar información que hubiera llegado a su conocimiento». ⁷⁴ Escarmentada, prometió ser más discreta, pero el incidente había demostrado uno de sus rasgos más irritantes (y entrañables): como a muchos espías, le resultaba difícil guardar un secreto.

A Elvira le dieron el extraño nombre en clave masculino de «Cyril» y le dijeron que estuviera preparada para marchar a Francia. Su guerra estaba a punto de volverse muy interesante.

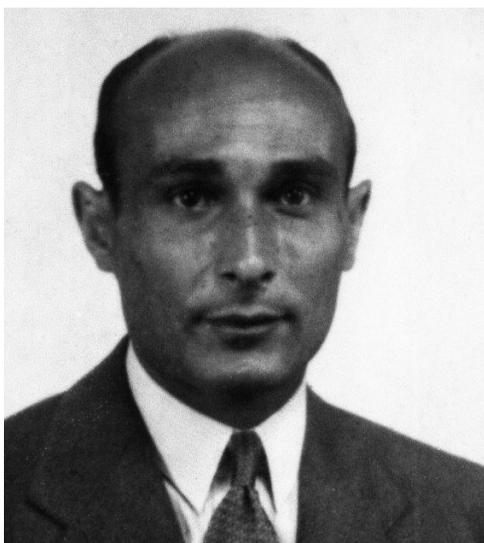
Juan Pujol García había sido muchas cosas en su corta vida: dueño de un cine, empresario, oficial de caballería (aunque le daban miedo los caballos) y soldado renuente. Se había pasado gran parte de la guerra civil española ocultándose de las fuerzas franquistas. Graduado en la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar, el centro de enseñanza para criadores de pollos más prestigioso de España, dirigía una granja avícola en las afueras de Barcelona, aunque odiaba los pollos. Pujol no tenía cabeza para los números, y el negocio quebró. Bajo, fornido y vivaz, con una frente amplia y «ojos marrones cálidos con un tono ligeramente pícaro», parecía un gallo de pelea. Cuando estalló la segunda guerra mundial, Pujol decidió que quería espiar para los británicos. «Debo hacer algo», se dijo a sí mismo. «Algo práctico; debo contribuir por el bien de la humanidad.»⁷⁵ Pujol llegó a la conclusión de que Hitler era «un psicópata»,⁷⁶ por lo que debía apoyar a los Aliados. «Quería trabajar para ellos, suministrarles información confidencial que pudiera ser interesante para la causa aliada, política o militarmente».⁷⁷

Todavía tenía que resolver dónde y cómo obtener tales informaciones. «Mis planes eran bastante confusos»,⁷⁸ admitió más tarde. Sus memorias, escritas muchos años después, sugerían que su determinación quijotesca y profunda de combatir a Hitler surgió de una forma agresiva de pacifismo y de una pertinaz desconfianza hacia todo tipo de extremismo político. Era un alma sumamente suave, orgullosa de no haber tenido que disparar un arma; planeó combatir el nazismo de otra manera. «Estaba fascinado por el origen de las palabras»,⁷⁹ escribió muchos años después. «La pluma es más poderosa que la espada. Lo creía de manera sincera y absoluta. Había dedicado la mayor parte de mi vida a ese ideal, utilizando todas mis dotes, toda mi convicción, todos los ardides, maquinaciones y estratagemas posibles.»⁸⁰ Pujol lucharía en un tipo de guerra única, con palabras como única arma.

En enero de 1941, el catalán de veintinueve años se dirigió a la embajada británica en Madrid, con una oferta para espiar a los alemanes. Le dijeron de manera educada pero firme que se marchara. En una variante de la frase de Groucho Marx, los británicos no querían a nadie en el club que quisiera ser miembro. A continuación

Pujol lo intentó con los alemanes, aparentando ser un ferviente fascista dispuesto a espiar a los británicos —en la esperanza de que, una vez captado, podría traicionarles—. Los alemanes le dijeron que estaban «sumamente ocupados».⁸¹ Pero el pequeño catalán, con sus extraños e intensos ojos, continuó dando la lata a los alemanes en España, instruyéndose en el nacionalsocialismo hasta que pudo «perorar como si fuera un acérrimo nazi».⁸² Finalmente (sobre todo para que se callara), los alemanes le dijeron que si podía llegar a Gran Bretaña a través de Lisboa, entonces se le tendría en cuenta para el trabajo de espionaje. Esto era suficiente para Pujol. A partir de ese momento comenzó a ganarse la confianza de los alemanes con astucia, y especialmente la del comandante Karl-Erich Kuhlenthal de la sede madrileña de la Abwehr.

Kuhlenthal sería engañado de manera exhaustiva en el curso de la Operación Carne Picada, el engaño en el que se abandonó un cadáver en aguas españolas, llevando encima documentos falsos que señalaban que se producirían desembarcos aliados en Grecia en lugar de en Sicilia. El oficial alemán era eficiente, paranoico y tremendamente crédulo. Desde el punto de vista de Pujol era el perfecto oficial de inteligencia. Kuhlenthal equipó debidamente a Pujol con tinta secreta, dinero en efectivo, el nombre en clave «Agente Arabel», y un consejo: «No debía subestimar a los británicos, puesto que eran un enemigo temible».⁸³ A su llegada a Lisboa, una vez más Pujol se puso en contacto con los británicos, y una vez más le rechazaron. Esto le planteó un cierto dilema, ya que necesitaba empezar a suministrar información a los ale-



THE NATIONAL ARCHIVES

Juan Pujol

manes lo antes posible. El 19 de julio de 1941 mandó un telegrama a Kühnlenthal anunciándole su llegada a Gran Bretaña sano y salvo.

Pero no estaba allí. Pujol seguía en Portugal. Sin tener ocasión de conseguir información real para ninguna de las dos partes, decidió inventársela, con ayuda de la biblioteca pública de Lisboa, libros de segunda mano y todo aquello que podía recopilar de los noticieros cinematográficos. Descubrió los nombres y direcciones de auténticas empresas de armamento británicas, consultó una *Guía Azul de Inglaterra* en busca de nombres de lugares relevantes, y una publicación portuguesa titulada *La armada británica* como manual de temas navales. Pujol nunca había estado en Gran Bretaña. Simplemente se la imaginaba, mandando detallados y prolijos informes sobre cosas que pensaba que habría visto si hubiera estado allí. El estilo de Pujol era agotadoramente ampuloso, un impenetrable conjunto de cláusulas y subcláusulas, anegadas en adjetivos y frases recargadas que se extendían hasta un distante horizonte gramatical. Posteriormente alegaría que este extraordinario estilo de escritura era una manera de rellenar las páginas sin decir mucho. Aunque le gustaba jugar con las palabras, sus informes estaban llenos de errores mayúsculos. Nunca fue capaz de entender la nomenclatura o la cultura militar británica. Pensaba que las costumbres éticas de Glasgow debían ser similares a las de España; escribió: «Aquí hay hombres que harían lo que fuera por un litro de vino».⁸⁴ Sus controladores alemanes no solo fueron incapaces de detectar estos errores sino que encomiaron al «Agente Arabel», especialmente cuando afirmó que había reclutado a dos subagentes en Gran Bretaña que eran, por supuesto, totalmente ficticios. Durante nueve meses, Pujol permaneció en Lisboa, haciendo lo que los espías han hecho siempre cuando carecen de información real: se inventó lo que pensaba que sus jefes querían escuchar. Continuaría haciéndolo, magníficamente, durante el resto de la guerra.

El comandante Emile Kliemann de la Abwehr alemana estaba pasando una guerra de lo más agradable. El París ocupado era un lugar excepcionalmente grato para estar si resultaba que eras uno de los

ocupantes. Tenía una oficina en los Campos Elíseos, un confortable apartamento cerca del Bois de Boulogne, con mucho dinero disponible y muy poco que hacer. Y lo más importante, tenía una nueva amante llamada Yvonne Delidaise. Francesa de madre alemana, Yvonne era exigente, resultaba cara y tenía veinte años menos que él. Su rechoncha mujer austríaca seguía en Viena, y estaba segura de permanecer allí. Esto también era una fuente de satisfacción. El trabajo de Kliemann consistía en reclutar informantes y conseguir descubrir espías franceses, pero su infatigable colega Hugo Bleicher parecía encantado de hacer el trabajo duro, lo que le venía bien a Kliemann. Hombre de negocios vienés, destinado a París en junio de 1940, Kliemann tenía poco tiempo para el nazismo. En efecto, «no le gustaban particularmente los alemanes»,⁸⁵ y más bien esperaba que Alemania no ganara la guerra demasiado pronto ya que lo único que quería era seguir con su recién descubierta vida parisina, hacer el amor con Yvonne y reunirse con el extraño y nada fiable personaje de su café favorito, Chez Valerie. Corpulento y ancho de hombros, Kliemann tenía un bigote recortado pulcramente, y un anillo de oro en el dedo medio de la mano izquierda, grabado con las iniciales «EK». Vestía de un modo que él consideraba elegancia sobria, con las patillas teñidas, y el pelo parcialmente peinado con raya en medio y engominado. Tocaba el violín y coleccionaba porcelana antigua. Con cuarenta y tres años, el comandante Emile Kliemann era vanidoso, romántico, inteligente, asombrosamente perezoso y sistemáticamente impuntual. Como corresponde a un jefe de espías, había reunido un impresionante conjunto de alias —«Killberg», «Von Carstaedt», «Polo», «Octave» y «Monsieur Jean»— aunque ni un solo espía que sirviera.

El 13 de octubre de 1941, Kliemann fijó, a regañadientes, un encuentro con un recluta potencial, una francesa de veintinueve años de origen ruso, recomendada por uno de sus colegas. Su nombre era Lily Sergejev.

Kliemann llegó dos horas tarde a su cita en el Café du Rond-Point. La joven que esperaba en la mesa de la esquina era apuesta, sin ser guapa. Tenía el pelo marrón rizado, los ojos azules brillantes y una barbilla cuadrada. En alemán fluido, Lily Sergejev le explicó



Lily Sergeyev

que era periodista y pintora. Su padre había sido funcionario zarista, pero después de la revolución, cuando Lily tenía cinco años, la familia había emigrado a París. Su abuelo, como anunció con orgullo, había sido el último embajador imperial ruso en Serbia. Su tío, el general Yevgeni Miller, había dirigido el Quinto Ejército ruso durante la primera guerra mundial y desapareció en 1937. Fue ejecutado en Moscú dos años más tarde. Ahora su padre vendía coches. Su madre era modista. Se consideraba a sí misma francesa

y quería espiar para Alemania.

Kliemann estaba intrigado. Lily parecía vivaz, inteligente y, lo que es más importante, interesada en Kliemann. La invitó a cenar en el restaurante Cascade, cerca del Bois de Boulogne, diciéndole que Yvonne, su «secretaria», se reuniría con ellos allí. La joven insistió en llevar a su perro, un cruce de terrier y caniche, un macho pequeño y blanco llamado *Babs*, por el cual, obviamente, sentía devoción.

Una vez sentados en el restaurante, Lily les contó su historia. Como espíritu inquieto, había realizado una serie de viajes épicos a través de Europa, en bicicleta o a pie, incluyendo uno que le había llevado a través de la Alemania de Hitler. Allí le había impresionado la eficiencia del régimen nazi, y había escrito una serie de artículos elogiosos para la prensa francesa. Incluso había entrevistado a Goering, quien le había «prometido conseguirle una entrevista personal con Hitler». ⁸⁶ Esto no llegó a materializarse. En 1937, un periodista alemán llamado Felix Dassel, con el que se había encontrado durante sus viajes, le dijo que estaba trabajando para la inteligencia alemana y preguntó a Lily si buscaba trabajo. Lo había rechazado, pero cuando los alemanes llegaron a París, Dassel reapareció. Durante una cena en Maxim's, ella le dijo que «los británicos habían

decepcionado gravemente a los franceses y que no les tenía ningún cariño». ⁸⁷ Dassel le volvió a preguntar si estaba preparada para trabajar para los alemanes; esta vez aceptó. Había sido Dassel el que había recomendado que Kliemann arreglase este encuentro.

En este punto de la historia de Lily, Yvonne estaba bostezando, pero Kliemann tenía curiosidad. Parecía lo suficientemente auténtica y entusiasta, aunque era nerviosa. «Para mí podría ser bastante fácil llegar a Portugal, Australia o Inglaterra», dijo. «Tengo familiares en todos esos lugares y a nadie le sorprendería si quisiera salir de Francia.» ⁸⁸

Kliemann sopesó. «Me interesa tu proyecto», ⁸⁹ acabó diciendo. «Creo que te enviaremos a Portugal. Dudo mucho que te permitan ir a Inglaterra.»

De pronto Kliemann cogió de la muñeca a Lily y la miró fijamente con lo que creía, sin duda, que era una mirada penetrante y de espía magistral: «¿*Por qué* quieres trabajar para nosotros?» ⁹⁰

Hubo una larga e incómoda pausa. Su respuesta, cuando llegó, fue extraña.

«Comandante, usted es un hombre inteligente: ¿qué valor puede tener para usted mi respuesta? Puedo decirle que es por convicción, una cuestión de principios o porque amo Alemania, o porque odio a los británicos. Pero si fuera el enemigo, si yo fuera a espiarle a usted, a traicionarle, ¿cree que mi respuesta sería distinta? Así que ¿me permitirá no contestarle?» ⁹¹

Él sonrió y le contestó que «por supuesto, ella tenía razón».

Kliemann dejó a Lily y a su perrito en el piso de sus padres, cerca del Trocadero. «Pronto me volveré a poner en contacto contigo», ⁹² dijo el comandante. Después, como de costumbre, no hizo nada en absoluto.

En su diario Lily escribió: «*Babs* levanta su hocico peludo, como si fuera una trufa, y me mira inquisitivo». ⁹³ (Todo el diario está escrito en presente, y gran parte está dedicado a su perro.) «Coloco a *Babs* en mis rodillas, en el sofá del salón, y le digo en su oreja rosa: “es un buen juego, es un gran juego, pero, sabes, si perdemos, perdemos nuestras vidas... o en cualquier caso la mía”.» ⁹⁴ *Babs* sería el primero en perecer en el juego.

